

Damas vascas en la formación y transformación de Iñigo de Loyola

por

Pedro de Leturia, S. I.

No se ha escrito todavía, o al menos no se ha publicado (1), un estudio sobre lo que las mujeres significaron en el apostolado de San Ignacio de Loyola. En él habrían de destacar, desde luego, dos grupos: el de las ricas y devotas señoras catalanas—Inés Pascual e Isabel Roser, ante todo—que con sus limosnas y con su afecto materno sostuvieron al santo en el largo período de sus estudios y peregrinaciones; y el de las altas damas de la Corte de Carlos V, quienes, como doña Leonor Mascareñas, doña Isabel de Osorio y doña Margarita de Austria protegieron a la naciente Compañía de Jesús y cooperaron con el sacrificio de sus bienes y de su comodidad a la obra reformadora de su fundador.

Pero para que el estudio fuera justo y completo, debería asociar a ese doble y resplandeciente cortejo otro más modesto y familiar, sin el cual no pueden situarse ni entenderse históricamente ciertos aspectos de la formación y transformación de Loyola. Y es tanto más conveniente advertirlo, cuanto que muchas biografías ignacianas apenas mencionan su familia sino para recordar sus pecados o, a lo más, su tradición militar y caballeresca. Existieron ciertamente ésta y aquellos, pero existió también un coro de señoras cultas y devotas que fueron prez del linaje, y que ejercitaron en trances difíciles junto a Iñigo de Loyola la

(1) Antes de la guerra yo preparaba el profesor de Historia Eclesiástica de la Universidad de Innsbruck, P. *Hugo Rahner*, S. I. y le proporcionamos algunos datos para él. No sabemos se haya publicado todavía.

función tutelar y materna que tiene Dios destinada a la mujer cristiana.

Las dos primeras que han de recordarse vinculan dulcemente la Casa-Torre de Loyola con las vecinas villas de Azcoitia y Azpeitia.

A mediados del siglo XV estaban ambos pueblos muy lejos de mirar a Loyola con el afecto y la emulación de enamorados que han sido luego proverbiales en ellos. Se unieron más bien con la mayoría de las villas guipuzcoanas para quemar y arrasas el odiado torreón de aquella turbulenta y altanera familia. Y Juan Pérez de Loyola, el abuelo de San Ignacio, correspondió iracundo con parecida moneda. En el cartel de desafío que, en unión de otros Parientes Mayores clavó en 1456 en las puertas de la parroquia de Azcoitia, prometía a azpeitianos y azcoitianos «vos fazer guerra cruel en destrucción de vuestras personas y bienes», y esto hasta tal punto que «como quier que nos e cada uno de los sobredichos... vos falláremos o fallaren o aver pudieren..., vos ferirán e matarán e vos feriremos e mataremos, e farán todo el mal e daño que podiéramos e podieren» (2).

Por fortuna, aquella bárbara contienda fué la última que separó Loyola de Azpeitia y Azcoitia; es decir, la altiva nobleza medioeval ya en el ocaso, de las industriosas villas de la edad moderna. Mas la transición no se hizo sin la afrenta y el castigo del linaje. La Casa-Torre fué desmantelada por orden de Enrique IV, y solo el 26 de julio de 1460 obtuvo Juan Pérez de Loyola el poder reedificar sus dos últimos pisos en pacífico ladrillo (3). Surgió así el palacio-torre como símbolo irénico de tiempos nuevos, y se selló su significado con dos matrimonios llamados a enlazarlo definitivamente con Azcoitia y Azpeitia: el primogénito don Beltrán de Loyola trajo de Azcoitia como esposa suya y nueva seño-

(2) Texto en *Gabriel Henoa*, S. I. *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*. Ed. del P. *Miguel Villalta* S. P., VI (Tolosa 1894), pp. 331, 334.

(3) Cf. *P. de Leturia* S. I. *El gentilhombre Inigo López de Loyola en su patria y en su siglo* (Montevideo 1938), p. 5. Cito esta edición por tenerla más a mano al redactar estas líneas, aunque salió otra segunda en Barcelona (Colección *Labor* «Pro Ecclesia et Patria», 1941, de la que está haciéndose ahora nueva impresión.

ra de la Casa a doña Marina Sáenz de Licona, hija del patrono de aquella parroquia; y doña Catalina de Loyola, hermana de Beltrán, casó con el heredero de los Emparan, la más pujante de las familias azpeitianas. Mientras que Iñigo López de Loyola es el benjamín del primer matrimonio, su prima María López de Emparan y Loyola representa el más noble brote del segundo: es ella, junto a la madre de San Ignacio, la primera señora vasca que conviene recordar en estas líneas.

En la *madre de San Ignacio* se cumple lo que en tantas madres de personajes ilustres. Cuanto más se empeña la crítica en fijar sus contornos históricos, tanto más se esfuman ellos en la incertidumbre o se desfiguran en la leyenda. Esta es la fecha en que no podemos fijar ni siquiera el año exacto de su muerte, dato que sería básico para juzgar de su influjo en San Ignacio. Fué ciertamente antes de 1507; tal vez hacia 1497-1498, cuando Iñigo era un rapaz de seis o siete años; pero la fecha exacta escapa aún a la crítica (4).

Por el acta del contrato matrimonial (13 de julio de 1467) y por otras escrituras coetáneas (5), venimos a saber que su nombre era Marina Sáenz o Sánchez de Licona, y que a su padre, el Doctor Martín García de Licona, personaje de viso en la corte de Enrique IV, se le llamaba el «Doctor de Ondárroa», por ser nativo de aquel puerto vizcaíno.

¿Cómo y cuándo vino el doctor de Ondárroa a injertarse en la Casa-torre de los Baldas, el linaje de Parientes Mayores de Azcoitia? Hay en este debatido problema un hecho del todo cierto,

(4) Y eso que se han investigado ya el archivo de protocolos de Azpeitia, el del Colegio de Loyola y el del señor duque de Granada de Ega.

(5) El primero, conocido ya por el P. Henao, se conserva en el archivo de protocolos de Azpeitia, como se ha recordado en *Monumenta Historica Societatis Iesu* (MHSI): *Fontes narrativi de S. Ignatio de Loyola*, I (Romae 1943), p. 153, nota 4. Entre los otros documentos descuella la investigación notarial mandada hacer el 6 de mayo de 1508 por don Martín García de Loyola para que constara su filiación legítima, de la que da noticia el P. Paul Dudon, S. I. en su *Saint Ignace de Loyola* (Paris 1934), p. 611.

una conclusión sumamente probable y una circunstancia importante que hoy por hoy escapa a la crítica.

El hecho cierto es que el Doctor de Ondárroa compró de Pedro de Balda (último superviviente masculino—bien que ilegítimo—de los Baldas) los bienes y señorío de esta casa solar, 29 de octubre de 1459; y que poco después, 25 de marzo de 1460, obtuvo de Enrique IV el patronato sobre la iglesia parroquial de Azcoitia, tenido desde 1457 por el capellán de Su Alteza, don Pedro de Silva (6). En el orden jurídico, por tanto, don Martín García de Licona ocupaba desde 1460 en Azcoitia un puesto parecido al que correspondía en Azpeitia al Señor de Oñaz y de Loyola.

La conclusión sumamente probable afirma que el Doctor de Ondárroa había esposado antes de esa fecha a una Balda, sobrina de Ladrón e hija de Furno de Balda. Así lo dice hacia 1471 Lope García de Salazar, concedor experto de cuanto se refiere a la nobleza vasca de su tiempo; y lo repite a fines del siglo XVI el concienzudo Esteban de Garibay, el cual llama además a aquella sobrina de don Ladrón, doña Gracia Sáez de Balda (7). Tratándose de testigos tan imparciales y fidedignos, es razonable aceptar su dicho, tanto más que así se explica obviamente por qué el Doctor de Ondárroa aspiró a obtener el señorío vacante de la casa Balda y el patronato sobre la Iglesia de Azcoitia. Tendríamos, por tanto, certeza de ese hecho, si no hubiera aparecido la declaración de Domingo de Echenagusía, vecino de Deva, y de otros cuatro testigos, los cuales en un pleito protocolado por el escribano Lecuona declararon en 1561 (8) que doña Marina Sánchez de Licona era hija «del Doctor Martín García de Licona, del Consejo de sus Altezas, y de doña María de Zarauz su mujer»... (9). Es decir, que la madre de San Ignacio tendría sangre de Ondárroa

(6) Extractos de ambos documentos en *Dudon, op. cit.*, p. 612.

(7) Véanse los textos de ambos en *Fausto Arocena* en Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País. *San Ignacio y el linaje de Balda* (1945), p. 177-183.

(8) Con razón observa *Arocena, art. cit.*, p. 178, que la fecha de 1461 puesta por *Dudon*, p. 612, es errata de imprenta.

(9) Texto completo en *Arocena, ibid.* p. 179.

y de Zarauz, ¡no de Azcoitia! Creemos con don Fausto Arocena que este testimonio, bien que impresionante por su imparcialidad y limpidez, no destruye el valor probativo de los textos igualmente imparciales y más autorizados a favor de la sangre Balda (10), pero sí proyecta sobre ellos una sombra que se desearía ver disipada por una investigación más definitiva sobre la persona y vida del Doctor de Ondárroa.

La circunstancia que hoy por hoy escapa a la crítica se refiere al tiempo en que el abuelo de San Ignacio vino a establecerse en Azcoitia, punto básico para fijar dónde nació la madre de éste. Una vez admitido, como lo hemos hecho, el matrimonio de don Martín con una sobrina de don Ladrón de Balda, lo obvio es suponer que al menos vino al tiempo de la boda. Don Fausto Arocena coloca ésta en fecha vecina al período 1455-1459 (11). El P. Paul Dudon, en cambio, hace llegar al Doctor con su hija Marina hacia 1463 (12). Hemos de confesar que, no obstante haber leído en libros y archivos (13) varios estudios sobre esta materia, no hallamos terreno sólido donde asentar el pie, y preferimos dejarla indecisa.

Mayor importancia reviste para nuestro objeto el fijar los rasgos morales de la madre del fundador de la Compañía. Son pocos pero expresivos los que en 1595 nos da el P. Lorenzo de Paulis, al compendiar los procesos diocesanos de aquel año, y en 1607 el alcalde de Azpeitia, Miguel Sáenz de Goyaz (14).

Según sus declaraciones, fué doña Marina dama segurísima en su ortodoxia y especialmente obediente a la Santa madre Iglesia. A esas virtudes, y al afán que ella y su esposo don Beltrán

(10) Para más abundamiento Arocena, *ibid.* p. 180, hace valer el testimonio del clérigo de Azcoitia, Sancho de Iraraga, quien, haciendo en 1530 de testigo jurado, llama a Fernando de Balda *nieto* de don Martín García de Licona.

(11) *Art. cit.*, p. 180.

(12) *Obra cit.*, p. 22.

(13) Por ejemplo en el *Archivo de Loyola*, sección 1.ª, ser. 2.ª, n. 6 bis (est. 1 plut. 2), donde se conservan dos escritos de 1891-1894 a favor del nacimiento de doña Marina en Azcoitia del Archivero de Loyola, P. Arana, en los que se alude polémicamente a los PP. Cros y Oyarzun; y, una *censura* muy interesante en contra, que podría bien ser del P. Oyarzun.

(14) Cf. *MHSI Scripta de S. Ignatio*, II, (Matriti 1918), pp. 799 y 869.

pusieron en la educación de Iñigo, se debió que éste recibiera oportunamente el sacramento de la Confirmación, cosa no muy frecuente en aquellos tiempos. Añaden que el muchacho correspondió en la infancia a sus desvelos, mostrándose dócil y obediente en la familia, asiduo en asistir a la Misa y a los oficios, y en visitar las iglesias del valle (15).

Se trataba, sin duda, de la parroquia de Azpeitia, de la que era patrón su padre, y de la de Azcoitia, de la que lo fuera su abuelo don Martín y a la que no dejaría de llevarle con frecuencia doña Marina. Pero han de añadirse las diez ermitas del patrimonio Loyola, bellamente diseminadas por monte y valle: la cercana de San Pedro de Eguimendía, la de Santa María de Olaz, recostada a las faldas del Izarraitz, la de San Pedro de Elormendi, un poco más allá del palacio Emparan, en Azpeitia, la de la Virgen de Elosiaga encaramada por cima de Urrestilla en el camino de Bidania. La devoción a Nuestra Señora, que enraizó vigorosamente en el alma del benjamín de doña Marina y le acompañó inmutablemente en sus deslices de pecador y en sus fervores de santo, nació entre los aromáticos manzanales de aquellas ermitas guipuzcoanas. Como procede sin duda de ellas la especial devoción a San Pedro, su patrono de toda la vida. Eso debe de significar el «afecto al Romano Pontífice» que el P. de Paulis atribuye a los primeros años del último hijo de doña Marina.

Es bien sabido que algo más tarde, al contacto con las vanidades de la corte, Iñigo empañó el encanto de su inocencia con las escabrosidades y las caídas de una vida desgarrada y vana. Pero aun entonces (escribe en 1548 el secretario Polanco) «era aficionado a la fe..., nunca tuvo odio a persona ninguna, ni blasfemó contra Dios», antes se mostró con todos cortés y generoso (16). Para

(15) «Qui [Bertrandus et eius uxor]... orthodoxi et oboedientes Sanctae Ecclesiae... *Ibid.*, p. 869. «Qui Ignatius seu Inicus in infantia et adolescentia sua semper vixit in catholica fide et obedientia erga Sanctam Romanam Ecclesiam et Pontificem Romanum in dicto castro Loyolae, dictis eius parentibus obediendo, ecclesias visitando et missas et divina officia audiendo», etc. *Ibid.*, p. 529, 2.º

(16) *Sumario Castellano* del P. Polanco, nn. 4 y 5, en MHSI. *Fontes narrativi...*, pp. 154-156.

dar con las raíces profundas de esas virtudes, precisa penetrar en el hogar de Loyola los días de la infancia, y captar los besos, los cantos y los regaños cariñosos de doña Marina en la vieja cocina de la casa-torre, en la que se desarrollaba entonces la vida de la familia noble guipuzcoana, como se desliza aun hoy día la de sus caseríos castizos. Lástima grande que esa vieja cocina de Loyola fuera sacrificada ya en el siglo XVII a la necesidad de construir la capilla semipública de la naciente residencia de jesuitas, en la que el siglo siguiente daba ejercicios el P. Cardaveraz (17): es la actual capilla de la Inmaculada, detrás de cuyo rico retablo, quedan todavía restos del fogón y la chimenea de aquel venerable recinto.

Después de doña Marina, la madre, doña *María López de Emparan y Loyola*, la monja de la familia... Esta expresión nos suena hoy a algo corriente. ¿Qué hogar guipuzcoano, aun de los que pasan por menos cristianos, no cuenta con alguna religiosa de vida activa o contemplativa? En cambio, a fines del siglo XV no parece existiera en Guipúzcoa otro convento de monjas que el de San Bartolomé de San Sebastián, entonces de regla agustina (18), con el que no sabemos tuvieron los Loyolas ningún género de contacto. Las devotas señoras del linaje de San Ignacio que sintieron vocación a la virginidad y a la vida de oración y penitencia (nos consta de varias), siguieron el camino ordinario en toda la Provincia: endosaron el hábito de «seroras» («beatas» o «freiras»

(17) En una memoria presentada en 1889 al P. Eduardo Gallo S. I., rector de Loyola, recomendándole dar a la Santa Casa el colorido antiguo, se escribe: «La parte interior de la Santa Casa en su parte baja y entresuelo y escalera fué completamente destrozada por orden del maestro arquitecto Zaldúa, con motivo de hacer allí una pequeña Iglesia para el público y a la que ahora llamamos capilla de la Concepción, y donde el P. Cardaveraz y otros PP. antiguos daban los Ejercicios»... *Arch. de Loyola*. sección 1.ª, ser. 3.ª, n. 7 (Est. 1 plut. 4).

(18) Cf. *Pablo Gorosabel. Noticia de las cosas memorables de Guipúzcoa* (Tolosa 1889 ss.), IV, pp. 251, 256 ss. y cf. para lo que sigue *El gentilhombre Iñigo López de Loyola*, ya cit., pp. 21-23.

en castellano), y se retiraron como santeras a alguna de las ermitas o iglesuelas de las que estaba sembrado todo el país vasco. Previa la investidura del oficio, dada por el párroco ante el Ayuntamiento y el patrón de la parroquia, cuidaban allí del aseo y reparación de la ermita, atendían al toque regular de sus rústicas campanas, intervenían en la organización de las rogativas y novenas de sus santos, conducían a la parroquia los entierros de los cercanos caseríos, y en ocasiones enseñaban el catecismo a los niños y niñas de éstos. El cultivo de la tierra que rodeaba la ermita y el modesto canon de su «beneficio» les daban lo necesario para su vestido y sustento. Ni sufría el rango de los Parientes Mayores con ver a vástagos suyos cultivar como «seroras» las heredades de la ermita venerada.

Así sucedió con doña María López de Emparan y Loyola, la prima de Iñigo. Joven aún, se había retirado a la ermita de San Pedro de Elormendi, que se hallaba a las faldas del Araunza, no lejos del palacio Emparan, y de la que por desgracia no quedan hoy sino pocos restos. Como se ve por lo dicho, ésto no constituía novedad ni en Azpeitia ni en Loyola. La novedad estaba en otra circunstancia que estudió con cariño mi buen amigo el P. José Adrián de Lizarralde, O. F. M. (19). Hacia 1495 ó 1496 aparece en la ermita de Elormendi, asociada a doña María de Emparan, otra joven de Azpeitia, doña Ana de Uranga, hija de Pedro Martínez de Uranga y de Catalina Surola. Hacen vida común, y a poco empieza a visitarlas y dirigirlas el franciscano observante Fray Pedro de Hoz, predicador del convento de Bermeo. En fecha que no se ha determinado con puntualidad, pero que debió de correr entre 1496 y 1497, Fray Pedro recibió ambas seroras en la Tercera Orden de San Francisco, echando con ello en la ermita de Elormendi las bases del primer convento de franciscanas de Guipúzcoa. Hecho tanto más significativo cuanto que otro pariente de San Ignacio, su tío materno don Juan Pérez de Licona, fundaba casi al mismo tiempo el primer convento de fran-

(19) José Adrián Lizarralde, O. F. M. *Historia del convento de la Purísima Concepción de Azpeitia* (Santiago 1921), p. 64 ss.

ciscanos observantes de la Provincia, el de San Francisco de Sasiola, a media legua de Deva (20).

Un año después, terminado el noviciado, pronunciaron ambas religiosas su profesión según la regla de Santa Isabel de Francia, viniendo para recibirla desde Vitoria, Fray Martín de Segura (21). La ceremonia tuvo lugar en la misma ermita de San Pedro de Elormendi, del patronato loyoleo. Es fácil imaginarse la curiosidad pueblerina que semejante suceso, nunca visto en aquellos valles, hubo de suscitar en Azpeitia y Azcoitia. No pudo faltar el patrono de la Iglesia, don Beltrán de Oñaz y de Loyola, ni acierto a imaginar que entre sus acompañantes de la familia no estuviesen Pero López e Iñigo de Loyola, los dos hijos de don Beltrán, destinados por entonces a la carrera eclesiástica (22). Y aquella primera visita debió de repetirse hasta 1506, pues hasta ese año no comenzaron los roces de los Loyolas y del clero parroquial con el nuevo convento y con la «exención» que a él trajeron los franciscanos de la reforma. Hasta esa fecha las relaciones son cordiales.

Lo cierto es que en las reminiscencias de la infancia y juventud de Iñigo, San Francisco figura, junto a San Pedro, como el más conocido y familiar de los santos, y que su vida fué la primera en encadenar su atención en las lecturas transformadoras de 1521. Hay más, el primer acto de celo de San Ignacio, ya convertido, consistió en lograr una primera concordia entre la propia familia y el convento confundado por su prima doña María de Emparan (23).

Y lo que iniciara en 1521 lo completó en 1535, cuando sus ministerios apostólicos en Azpeitia. En la fórmula de concordia del 18 de mayo de ese año que reconcilió el monasterio, la parroquia y los Loyolas, entre los testigos que firman el instrumento notarial, aparece primero el alcalde de Azpeitia, y a continuación

(20) *Ibid.*, p. 69.

(21) *Ibid.*, p. 75 ss.

(22) *El gentilhombre...*, pp. 34-35, 37-38.

(23) *Lizarralde, obr. cit.*, pp. 96-97; *Dudon, obr. cit.*, pp. 60-61; *El gentilhombre*, pp. 184-188.

«el señor Iñigo López de Loyola» (24). Esa firma, que tijeras tan piadosas como atrevidas cortaron del vetusto pergamino, ponía el sello a la gratitud de Ignacio para con la prima que le enseñó a amar al seráfico San Francisco, y con él al dulce nombre de Jesús, que era ya para él en 1535 el más adorado, el único adorado de los nombres.

Queda anteriormente apuntado que la nueva época iniciada por los enlaces matrimoniales de 1467 reconcilió los Loyolas con las cercanas villas de Azpeitia y Azcoitia. Es un aspecto. Otro, más expansivo y dinámico, nos lo da la irradiación hacia el exterior de las fuerzas militares del linaje, malgastadas durante medio siglo en luchas fratricidas. Desde que los Loyolas, como toda Guipúzcoa, juraron en 1475 en el campo de Azcoitia a Isabel la Católica como Reina suya, pusieron al servicio mundial de la Corona los caudales y las energías de su casa. Prescindiendo del hermano de Iñigo, Hernando, que murió hacia 1510 en las Indias, y de otro hermano de nombre imprecisado que sucumbió bajo don Fernando I de Austria luchando contra los turcos en Hungría (25), se han de recordar el padre mismo de Iñigo que participó gloriosamente en la campaña de Granada, y el primogénito don Juan, que fletó a sus expensas un barco en Zumaya y sirvió con él primero en el estrecho de Gibraltar, luego en la flota que protegió el segundo viaje de Colón al Nuevo Mundo, y finalmente en la empresa del Gran Capitán en Nápoles (26), donde murió el año de 1497.

(24) *Lizarralde, obr. cit.*, p. 138. Sor María López de Emparan no vivía ya entonces, pues había fallecido en 1518.

(25) Así el P. Polanco. Cf. MHSI. *Chronicon Societatis Iesu*, II, p. 267.

(26) Ya en 1493 aparece Juan Pérez de Loyola como capitán de una nao de doscientos veinte toneles, en la que van a sus órdenes cuarenta marineros y ochenta y cinco hombres de armas; la nao forma parte de la escuadra de Bermeo, mandada por el general Iñigo de Artieta, que constaba de la carraca capitana de mil toneladas y otras cuatro naos de ciento a cuatrocientos toneles. Su primer destino en julio 1493 fué para proteger la segunda expedición de Colón a las Indias; luego, en setiembre,

Tan generosa conducta trajo consigo la amistad de la familia con altos personajes de la Corte, en especial con *Don Pedro de Araoz*, veedor general de los ejércitos del Gran Capitán y padre de doña Magdalena de Araoz, joven apreciada por Isabel la Católica (27); y con el contador mayor de los Reyes *Juan Velázquez de Cuéllar*, casado con una hija de doña María de Guevara, pariente por parte de los condes de Oñate de la madre de San Ignacio. Surgen de estas amistades dos hechos básicos en la juventud de éste: el matrimonio de su hermano don Martín—el futuro señor de Loyola—con doña Magdalena de Araoz, 2 de setiembre de 1498, y la ida años más tarde de Iñigo mismo a Arévalo junto a don Juan Velázquez de Cuéllar y su suegra doña María de Guevara. Tenemos así dos nuevas damas vascas que deben atraer la atención del biógrafo de San Ignacio.

Doña Magdalena de Araoz, de limpia estirpe vergaresa, se estableció con su marido en Loyola dentro del mismo año 1498, es decir, en plena infancia de Iñigo, probablemente cuando había ya muerto la madre de éste. Vino así a ocupar junto al niño el puesto de segunda madre, así como don Martín recogía la herencia del señorío de Loyola, por la muerte—ya recordada—del primogénito don Juan el año anterior de 1496.

De doña Magdalena escribió en 1539 San Ignacio este conciso pero expresivo panegírico: «siempre os conocí temerosa de Dios nuestro Señor» (28). Siempre, por tanto también en su propia lejana infancia. Dos señales concretas de su piedad trajo doña Magdalena a la casa-torre, que fueron a la vez una elevación cultural en el austero torreón de Loyola: los libros de devoción a dos tintas (un *Flos Sanctorum* y un *Vita Christi Cartujano*) que ha-

para transportar de Granada a Africa al ex-rey moro Boabdil y su séquito; finalmente sirvió en las empresas del Gran Capitán en Nápoles. Cf. *M. Fernández Navarrete. Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, vol. 2.º (Madrid 1825), pp. 79-86.

(27) La carta del P. San Juan de Ubilla al P. Mercuriano del 13 de julio de 1573, publicada por el P. Lopetegui en esta revista (cf. 1 (1945), p. 370), es una nueva confirmación de que doña Magdalena, diga lo que diga el P. Dudon, «fue dama y criada de su Alteza», la reina.

(28) MHSI. *S. Ign. Ep.*, I, p. 152.

bían de convertir a Iñigo en 1521, y la bella *tabla de la Anunciación*, perteneciente un tiempo a los condes de Oñate, que la Reina católica le regalara el día de las bodas ⁽²⁹⁾.

Esta última dió origen en plena infancia de Iñigo a la erección en la casa solar de su primera capilla, que aun hoy día llamamos el «Oratorio antiguo». Según una relación antigua que copió a fines del siglo XVII el P. Gabriel Henao, doña Magdalena, pocos días después de su venida a Loyola (por tanto entre 1498 y 1499) halló que el cuadrito de La Anunciación estaba sudando, y como don Pedro López de Loyola, hijo de la casa y rector de la parroquia de Azpeitia, quisiera entonces trasladarla a ésta, don Martín y su esposa se opusieron a ello, «antes ofrecieron de hazer una capilla dentro de la casa, y la hicieron con retablo de bulto de la quinta Angustia» ⁽³⁰⁾, es decir, del llanto de la Virgen con el hijo muerto en los brazos.

El retablo, que en su estilo y en la indumentaria y porte de sus figuras evoca el ambiente que rodeó la corte de la Reina Isabel, ha llegado intacto hasta nosotros, pero las circunstancias de su origen que acabamos de copiar merecen varias rectificaciones críticas. Porque, en primer lugar, Pero López de Loyola no fué rector de la parroquia de Azpeitia hasta 1519 ⁽³¹⁾, de donde mal pudo actuar como tal en 1498 ni en 1512. En segundo lugar, el autor de la relación, cita como testigos del sudor de la imagen al beneficiado de Azpeitia don Juan Oynaz y al clérigo don Andrés de Ayzaga, pero sin reparar que el primero pone expresamente la fecha de él, 21 de junio de 1512, y el segundo añade que vió el sudor *diciendo Misa* «en la capilla y altar» donde estaba la imagen ⁽³²⁾. Luego las pruebas del portento no valen para la primera venida de los esposos a Loyola en 1498-1499, ni se debieron al

(29) Cf. León Lopetegui, S. I. *Cuestiones loyoleas. El oratorio antiguo de la Casa de Loyola...*, publicado en el Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, 1 (1945), 369, quien rebate acertadamente algunas afirmaciones poco fundadas del P. Dudon, aunque sin nombrarle.

(30) Henao. *Averiguaciones...*, ya cit., lib. III, cap. 33. En ed. Villalta, V, pp. 93-94.

(31) Cf. mis referencias de *El Gentilhombre*, pp. 185-186.

(32) Texto en Lopetegui, *art. cit.*, p. 367.

de 1512 la capilla y el retablo, pues existían antes de éste. Tampoco la relación del P. San Juan de Ubilla, publicada recientemente por el P. Lopetegui, conoce otros sudores extraordinarios que el de 1512 y el posterior de 1572 (33).

No consta, por tanto, documentalmente que el Oratorio antiguo de Loyola naciera de hecho alguno extraordinario, sino de la devoción que doña Magdalena y su esposo tenían a la Virgen de los Dolores, y del aprecio que hacían de la preciosa pintura regalada por la Reina Católica. Los testimonios tan precisos del sudor de 1512 y 1572 pueden mirarse como una señal de complacencia de la Reina del cielo por el primer altar que los Loyolas le dedicaban, pero de hecho iba a dar la Virgen bien pronto una prueba más maravillosa de esa complacencia al convertir en el mismo palacio al cuñado menor de doña Magdalena, y al recoger desde aquel retablo y desde aquella pintura la primera ofrenda del nuevo caballero de María. En la vida del autor de los Ejercicios, ya convertido, la Virgen de doña Magdalena de Araoz ocupa el primer lugar, antes que las de Olaz, Aránzazu y Montserrat.

Pero antes de que llegaran esos días felices, el brioso mancebo de catorce o quince años abandonó Loyola para darse en Arévalo a la vida de paje y cortesano. Las reminiscencias que nos quedan de su nueva y agitada existencia enfrentan en el influjo sobre su alma a dos nuevas Marías: la esposa de Velázquez, doña María de Velasco, y la madre de ésta, la piadosa señora vasca doña *María de Guevara*. La hija, dama favorita de la reina Germana de Foix, vivía en el lujo y las diversiones de la joven soberana, banqueteadora y coqueta, acompañándola en palacio y en las frecuentes jiras de recreo. La madre, prototipo de las fieles servidoras de la difunta reina Isabel y dos veces alabada por el libro de Eximenis «Carro de las donas»—célebre en la Corte—,

(33) *Ibid.*, pp. 370-371.

moraba como terciaria franciscana en unos aposentos pegados al hospital de San Miguel de Arévalo, sirviendo en él a los pobres como Santa Isabel, y dándose con sus doncellas a la oración y al canto sagrado, hasta que en 1510 convirtió su grupito de damas en una comunidad de Clarisas y en 1515 profesó ella misma en el monasterio (34).

Iñigo, en pleno verdor de su juventud y de su bizarría, prefirió seguir el ejemplo de la prima mundana al de la tía austerísima del hospital de San Miguel. Refiérese que cierto día le dijo ésta con cariñoso reproche de educadora momentáneamente fracasada: «Iñigo, no *asesarás* ni escarmentarás hasta que te quiebren una pierna» (35). La frase parece a los críticos legendaria. Y creemos lo es cuanto a su alusión concreta a la herida de Pamplona, con la que la tradición posterior revistió un núcleo primitivo de verdad. La noble y piadosa fundadora de las clarisas de Arévalo se afanó en modelar el corazón generoso de su sobrino de Loyola, y a pesar de los desvíos del presente, intuyó que aquella grande alma estaba llamada a comprender un día cuán caduco es todo lo temporal y cuán grande lo eterno.

En un punto coincidió entre tanto la acción, por lo demás opuesta, de las dos Marías de Arévalo. Las dos cultivaban la poesía y el canto a lo divino, conforme al ejemplo siempre caro de Isabel la Católica y del príncipe don Juan. Precisamente en 1508 había vuelto a publicarse el cancionero sacro del dulce vate de la Reina Católica, fray Ambrosio Montesino, O. F. M., y en él brillaba una *loa* a Nuestra Señora, dedicada a la señora Guevara o a una parienta suya de nombre Marina (36). Iñigo debió de oírla cantar más de una vez tanto en el beaterio de la tía como entre las damas que rodeaban a la reina Germana.

Es al menos cierto que por este tiempo arraigó en su espíritu la afición a la métrica y a la música religiosas. El padre Antonio

(34) Cf. *Henao, obr. cit.*, VII, p. 180; *El Gentilhombre*, pp. 57-59.

(35) En *Henao, obr. cit.*, VII, p. 182.

(36) Cf. los datos y la crítica de ellos en *El Gentilhombre*, pp. 58-63, donde se hallará además el texto de esta y otras composiciones de Montesino.

Araoz nos ha recordado que en sus desafíos de entonces, es decir cuando corría lanzas en los torneos, componía canciones a Nuestra Señora, y que se privaba de tañir los viernes y los sábados (37), por reverencia (según parece) a la Pasión y a la Virgen. Añade el P. Polanco que hasta rimó por este tiempo un poema a San Pedro, el viejo protector de los Loyolas (38).

Para tropezar después de Arévalo con la acción sobre Iñigo de otras señoras vascongadas, precisa llegar a las curas de 1521 en Loyola, consumada ya la herida de Pamplona. Porque la dama de sangre real que en los años de Navarra le sorbió los sesos, no pertenecía, como es obvio, a su tierra vasca.

La primera mano bienhechora de mujer que trató de aliviar los dolores del herido de Pamplona fué la de su hermana doña *Magdalena de Loyola*, casada en Anzuola (junto a Vergara) con Beltrán López de Gallaiztegui, del solar de Echeandía en la misma villa de Anzuola (39). El rasgo ha permanecido oculto en los archivos por tres siglos, y solo hace pocos años lo hemos exhumado de una traducción latina de los procesos compulsoriales de Madrid para la canonización de San Ignacio. Ellos recuerdan la deposición en 1595 de don Juan de Ozaeta, señor de Ozaeta y Alegría, según la cual el herido de Pamplona fué llevado a la casa de Echeandía de Anzuola antes de llegar a Loyola, por ser ésta la casa de su hermana Magdalena, y allí fué curado durante algún tiempo: «curando se in principio quando venit ex Navarra vulneratus» (40). Este dato, interesante para fijar el itinerario que siguieron los camilleros de Pamplona, sirve también para explicar el especial afecto que San Ignacio conservó a su hermana de Anzuola.

(37) MHSI. *Scripta de S. Ignatio*, I, p. 726.

(38) MHSI. *Chronicon...*, I, p. 13.

(39) Cf. *Henao, obr. cit.*, VI, pp. 352-353.

(40) MHSI. *Fontes narrativi*, ya cit., I, p. 366, nota 7. Añade don Juan que por ese motivo besaron en 1571 los muros de aquella casa S. Francisco de Borja y el Padre Polanco al pasar por Anzuola y Vergara, camino de Madrid.

En una carta que le dirigió desde Roma el 24 de mayo de 1541, alaba «los buenos deseos y santos afectos a mayor gloria divina» que halla en ella, le anima a frecuentar las confesiones «y el recibir del santísimo sacramento todas las veces que pudiéredes», y le envía diversas cuentas indulgenciadas, creyendo serán recibidas «con aquella reverencia y acatamiento [con] que las cosas de Nuestro Criador y Señor deben ser reverenciadas y acatadas» (41).

La dama vasca, sin embargo, a la que cupo en las horas supremas de la agonía de Iñigo hacer de segunda madre, fué, no Magdalena de Loyola la hermana, sino la cuñada *Magdalena de Araoz*. Ella fué la que, en la ausencia del marido, acomodó al herido en el mejor aposento del piso superior de la Casa-Torre (hoy capilla de la Conversión), y la que por sí y por sus hijas ya crecidas—Magdalena y María—cuidó a Ignacio en las carnicerías de la operación y en las horas graves del Viático. El archivo de protocolos de Azpeitia nos ha conservado el detalle curioso que todavía en 1539, poco después de la muerte de su esposo don Martín, doña Magdalena de Araoz hubo de pagar al cirujano Martín de Iztiola algunos ducados que se le debían por las curas de Iñigo en 1521... (42).

Pero el santo adeudó toda la vida a su cuñada otro beneficio incomparablemente mayor: el de haberle ofrecido para matar sus ocios de convaleciente, no los Amadises y Esplandianes que él deseaba, sino las *Vidas de los Santos* con que ella y sus hijas nutrían su espíritu en la Casa-torre de la familia, y la *Vida de Cristo Cartujano* que era el consuelo en sus tribulaciones y su esperanza para la hora suprema de la muerte.

La devota señora de Vergara sintió pronto la transformación que aquellos libros habían obrado en el alma del antes altivo gentilhombre. Porque aconteció que un día, estando ya Ignacio interiormente transformado, llegó a Loyola un criado de la familia, pariente de Iraeta, pidiendo, en nombre de sus amos, les prestaran por algún día los perros de caza del palacio. Los perros estaban

(41) MHSI. *S. Ign. epist.*, I, pp. 170-171.

(42) MHSI. *Fontes narrativi...*, I, p. 369, nota 9.

efectivamente en él, pero doña Magdalena, enfadada sin duda por otras demandas semejantes, despachó secamente al criado diciendo que no se hallaban en casa. Cuando Iñigo lo supo, cuenta en los procesos de Azpeitia su sobrina Potenciana de Loyola, «la riñó ásperamente, e dijo que no se pornía [ella] con él en una mesa, y aun algunos pocos días le quitó la habla por ello» (43).

No se piense por este rasgo severo que el convertido olvidara pronto a su cuñada. El mismo contó en Roma al novicio belga Balduino de Angelis que el *afecto hacia ella* le distraía al principio de su conversión, al rezar las Horas de nuestra Señora y tropezar entre sus figuras con una imagen de la Virgen que se le asemejaba. Para evitar la distracción tapó con un papel fino aquella imagen (44), pero el afecto lo conservó toda su vida, como lo mostró en la visita de 1535 a Azpeitia, en la carta de pésame que le escribió a la muerte de su esposo don Martín, y en el afecto paterno con que cuidó y recibió en la Compañía a su hijo Emiliano de Loyola (45).

Quedaría incompleta esta evocación de las damas vascas que influyeron en la formación y transformación del fundador de la Compañía, si faltara en ella el nombre modesto de su *nodriza*.

Ya de antiguo ha jugado esta buena casera un papel de cierta importancia en la biografía ignaciana. Porque es el caso que el santo se contradecía en sus últimos años al hablar de su edad. Afirmaba por una parte que se había convertido a los 26 años, lo que supondría el nacimiento en 1495; por otra parte se atribuía

(43) MHSI *Scripta de S. Ign.*, II., p. 193.

(44) *Ibid.*, p. 435.

(45) Prescindimos de detallar estos tres hechos porque han sido ya expuestos suficientemente. Para el primero cf. Victoriano Larrañaga, S. I., *La venida de San Ignacio de París a Azpeitia* en este mismo *Boletín*, 4 (1948), 47-49; para el segundo, el texto mismo de la carta en MHSI, *S. Ign. epist.*, I, pp. 152 ss.; para el tercero, el precioso capítulo dedicado a Emiliano de Loyola, muerto santamente como jesuita en la Casa de Loyola, por el P. José Malaxecheverría S. I., *La Compañía de Jesús por la ilustración del País Vasco* (San Sebastián 1926).

en 1555 sesenta y tres años, es decir, habría nacido en 1493 (46). En vista de semejante incoherencia, los Padres de Roma hicieron comunicar a la nodriza este último dato, pidiéndole su parecer. La respuesta de la casera fué categórica: Iñigo tenía dos años más de lo que él decía (47); habría por tanto nacido en 1491. Y su testimonio fué aceptado por los padres que pusieron el epitafio sobre el sepulcro del fundador, y luego por el P. Ribadeneira y por los más de los historiadores (48).

Llamábase esta buena mujer María de Garín, y estaba casada con un herrero que trabajaba en las forjas del patrimonio Loyola, de nombre Martín de Errasti. Durante la lactancia de Iñigo parece que habitaba con su mujer en el caserío de Eguibar, el cual (como lo saben cuantos han visitado Loyola) se halla a pocos centenares de metros de la Casa solar en dirección de Azpeitia (49).

Gracias a los procesos azpeitianos para la beatificación de San Ignacio, podemos registrar la gratitud de éste hacia su ama de leche, conocida ya en 1535 en Azpeitia con ese calificativo. Porque sucedió una vez que entre los muchachos que acudían ese año a la catequesis del santo, apareció también un hijo de la nodriza por nombre Martín, como su padre. El muchacho despertó pronto la hilaridad de sus compañeros porque, además de ser feo «y carituerto», tropezaba en sus respuestas de la doctrina. Iñigo reprendió al auditorio por ello, y para satisfacción de su corrido hermano de leche, le pronosticó que sería hombre de provecho. El testigo de los procesos confirma la verdad del pronóstico, pues «a persuasión del P. Ignacio y con su doctrina, se puso en ánimo de ser clérigo; y así el dicho don Martín trabajó y fué clérigo de misa y buen confesor, a quien se conoció en esta villa después en mucho tiempo»... (50).

Con tan buena moneda pagó San Ignacio a la casera que le había amamantado...

(46) Expusimos largamente esta discutida cuestión en MHSI. *Fontes narrativi...*, I, pp. 16*-18*.

(47) MHSI. *Chronicon*, VI, p. 44; I, p. 9.

(48) Cf. *Fontes narrativi...*, I, pp. 20*-22*.

(49) Cf. *El Gentilhombre...*, pp. 30-32, donde documentamos estas afirmaciones.

(50). MHSI. *Scripta de S. Ign.*, II, p. 192, y cf. también p. 233.